

tu gran gloria. El profeta evangélico se vale del hacimiento de gracias de una manera peculiar suya segun creo. «Te doy gracias, mi Dios, dice, porque te has enojado conmigo; pero se ha aplacado tu furor y me has consolado.» Nosotros tenemos cuidado de pedir al Señor que no se enoje con nosotros; pero son pocos los que reciben con gratitud los efectos de su ira aparente; sin embargo eso es lo que le hace trocar sus castigos en consuelos, que son el fruto de nuestra sumision. Nos hemos alegrado, dice el salmista, á proporcion del tiempo que nos has afligido, y de los años que han durado nuestros males. El alma que es pobre y humilde, es tambien reconocida; conoce que ella no es mas que flaqueza y que Dios es su fortaleza; su concupiscencia es como un fuego que la abrasa y la consume, y la gracia de Jesucristo es su refrigerio. Si es verdad que una alma fiel recibe con ánimo reconocido todo lo que viene de la mano de Dios, y dice en las adversidades y trabajos con la misma serenidad que el paciente Job: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor; tambien es cierto que el objeto mas comun y natural del hacimiento de gracias y de la gratitud es la liberalidad, y ese era el motivo de prorumpir el real profeta en este desahogo de su pecho agradecido: Bendice, alma mia, al Señor, y no olvides la muchedumbre de sus beneficios. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Naciones, dice tambien, alabad todas al Señor, porque ha ostentado con nosotros su misericordia (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

G.

Seria un testimonio de nuestra devocion á la Virgen el excitar los demás á la veneracion de sus imágenes con nuestros ejemplos, nuestras palabras y nuestra liberalidad, regalándolas á los que puedan sacar provecho, procurando que las haya en las iglesias pobres de las aldeas y despoblados para infundir algun sentimiento de veneracion en los que las ven, y haciendo quitar al mismo tiempo las efigies defectuosas é indecentes que haya, segun prescribe el concilio tridentino.

No puedo terminar este capítulo sin decir dos palabras sobre la veneracion que se da á las imágenes de la Virgen en la abadía real de la natividad de nuestra señora en Brié. Hugo de Chatillon, conde de Saint-Paul, edificó la iglesia y labró el altar mayor en el mismo sitio que le habia señalado la madre de Dios en una vision. Despues mandó hacer una imagen de nuestra señora, que es de marfil y tiene á su divino hijo en los brazos. No sé qué atractivo hay en aquella imagen; pero sí que en el año 1579 el conde de Chabanes la pidió á su hermana, abadesa entonces de aquel célebre monasterio, para colocarla en una capilla del convento de mínimos del bosque de Vincennes. Tenia el conde un tan sincero afecto á aquella imagen, que despues de la muerte del rey Enrique III la trasladó á la Auvernia, de donde era originario; pero cuando Dios dispuso de él, cayó la Virgen en manos de un calvinista, pariente del difunto. Sin embargo el conde de Saint-Aniol la sacó del poder de este para dársela al hermano mayor del de Chabanes, que al morir ordenó se restituyese á las monjas de la abadía de Brié. Los dos comisionados para conducir á nuestra señora llegaron á la abadía un sábado dia 22 de junio del año 1659. La imagen fué recibida en el locutorio por la abadesa á la cabeza de la comunidad y luego llevada á la iglesia y entregada á los monjes encargados de la direccion espiritual de las religiosas, los cuales la recibieron con profundo respeto. Echáronse las campanas á vuelo y se cantó un *Te Deum*, despues de colocada la imagen en un trono en medio del coro con muchos cirios al rededor, que ardieron toda la noche. Esta solemníssima fiesta puede muy bien compararse con la de los israelitas cuando llegó á su campamento el arca de la alianza: como diesen gritos de júbilo, los filisteos se preguntaban unos á otros: ¿Qué es ese gran ruido que viene del campamento de los hebreos? No estaban tan contentos ayer, ni anteayer. Toda la comunidad veló en oracion delante de la santa imagen y las religiosas la besaron una despues de otra con sentimientos de amor y gratitud hácia la reina del cielo por una merced tan singular, persuadiéndose á que queria tomar otra vez bajo su proteccion el monasterio. El predicador encargado del panegirico escogió por texto aquellas palabras de los

Cantares: *Revertere, Sunamitis, revertere* etc., como convidándola á volver á sus antiguos dominios, porque siempre le ha estado dedicada aquella abadía. La abadesa, deseosa de que se acrecentara mas y mas la devoción á nuestra señora, hizo poner la santa imágen en un altar exterior; pero las monjas tienen el consuelo de verla por entre una verja que da al mismo altar. Dia y noche arde una lámpara, que servirá de monumento eterno de la piedad de dicha abadesa.

Hay que añadir en su elogio que su zelo por la honra de la Virgen era ardentísimo y que no se cansaba de mandar labrar imágenes de bulto, que estan distribuidas en todos los lugares del monasterio, sin hablar de las que hay en cada altar de la iglesia, y de una de mármol blanco que está sobre la reja grande del coro y se cree fué dada por el conde de Chabanes en cambio de la de marfil ya referida.

Todos los dias durante la salve que se canta al fin de completas en todo tiempo, se encienden dos velas delante de las muchísimas imágenes de nuestra señora: asisten á este acto todas las religiosas, aun las enfermas, como no esten imposibilitadas. Tambien estan obligadas á acudir las conversas posponiéndolo todo al homenaje que es debido á Maria santísima. Lo mismo se practica los sábados durante la misa cantada en honor suyo y las letanías, asi como en el oficio de las festividades de nuestra señora y de sus vigiliás, á las que se prepara la comunidad con muchas penitencias y mortificaciones (*Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

H.

La mortificación en sentir de S. Juan Climaco es un convenio, por el cual se obliga uno á Dios á emprender otra vida diferente de la primera; es una continua renuncia que el espíritu hace de los gustos y satisfacciones corporales; es un juicio perpetuo que pronuncia uno contra sí mismo; es el estado de una alma ocupada enteramente en el cuidado de su salvacion y libre de cualquier otro; es una purificación de la conciencia, un padecimiento voluntario de toda clase de

penas y trabajos. Esta virtud consta de dos partes, de la interior y la exterior.

La mortificación interior, que sin duda es la principal y la que da valor á la exterior, lleva consigo tres disposiciones absolutamente necesarias; á saber, una santa confusión delante de Dios, un sincero pesar de haberle ofendido y una entrega total á su justicia y su santidad para sufrir los efectos de la venganza que sea del agrado de sus divinas perfecciones, que son las mas rigurosas consideradas en sus operaciones respecto de la criatura pecadora.

Aquí entendemos indistintamente la penitencia y la mortificación y reconocemos que el espíritu de penitencia es el espíritu mismo de Jesucristo difundido por él en su iglesia. El divino Salvador puede llamarse justamente el penitente de la nueva ley: él parece lleno de temor y terror en su interior al considerar los juicios de Dios Padre enojado contra él como fiador de los pecadores. En este estado padecía penas interiores que excedian infinito á las exteriores, las cuales fueron vistas de todos y le hicieron un varon de dolores instruido por su propia experiencia en todas nuestras miserias. En el instante de su encarnacion comenzó á gustar la amargura de este cáliz, porque venia de intento á hacer penitencia y sufrir los estados interiores y exteriores debidos á los pecadores, y eso habia de ser con toda la vehemencia de las pasiones, á las que permitia levantarse para afligir su parte inferior. Ve ahí el gran modelo de penitencia y mortificación, al que hay que entregarse para revestirse de su espíritu y hacerse penitente en él, protestando que estamos sometidos en general á todos los mandatos de Dios, porque él solo conoce la medida de las satisfacciones que desea, y nosotros la ignoramos. Es preciso resolverse á perder la vida animal en la práctica de la vida crucificada cuando lo tenga por conveniente, no limitando nuestros trabajos y penas para honrar por este medio el zelo infinito de Jesucristo en toda su magnitud; y como recibió y cumplió los mandatos de su padre cuando fué enviado y llevado al desierto para hacer penitencia, es justo recibir y practicar las penitencias que se nos imponen, con cabal sumision de espíritu sin examinarlas, ni contradecirlas, subiendo

tan animosamente al Calvario para padecer y morir con nuestro maestro como si fuéramos llamados al Tabor para gozar de su gloria. La fiel esposa de los Cantares no se contenta con subir al collado del incienso, que representa la oracion y la dulce comunicacion con Dios, sino que prueba á trepar al monte de la mirra, es decir, de la mortificacion tan amarga para los sentidos como provechosa al alma. Aun cuando no tuviéramos otro motivo para preferir el Calvario al Tabor que la conformidad de nuestra maestra celestial, que se halla en el primer monte de aquellos y no en el segundo, bastaria para un corazon que hace gala de amarla. Daniel alcanzó de Dios tan señaladas mercedes por los ejercicios de la penitencia. Es necesario que las penas correspondan á la gracia y que las diligencias sean proporcionadas al galardón en nosotros que aspiramos á la posesion de Dios. ¿Qué trabajos pueden compararse con este fin? Sin duda no hay ayunos, vigiliás, disciplinas, cilicios, ni austeridades que dejen de parecer agradables al alma que busca á Dios por la destruccion de sí misma, la pena y la sujecion de los sentidos: la mortificacion ahuyenta del hombre todo lo que es contrario á Dios, establece la paz en su conciencia, sostiene la autoridad de la razon abatiendo la arrogancia de la parte rebelde del alma, libra al espíritu de todos sus tropiezos y dificultades y le facilita el medio de elevarse á la contemplacion de las verdades eternas, satisface por los pecados pasados y merece el auxilio de la gracia para lo futuro. Como la Virgen santísima conoce todo lo que es provechoso y desea el bien sólido de los suyos, se alegra de que abracen generosamente la cruz y se conformen á su hijo y á ella (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).

I.

Sobre lo cual dice S. Bernardo estas preciosas palabras: que la fé de la iglesia quedó en la Virgen sola durante el tiempo de la pasion: todos vacilaban; pero la que habia concebido por la fé, perseveraba siempre firme en la fé. María es la única bendita entre las mujeres: ella sola persis-

tió en la fé durante el triste día del sábado; y en ella se conservó toda la iglesia.

Pero si nuestra bendita madre fué bienaventurada por haber creído, estemos ciertos de que la imitacion de su fé nos hará participar de su dicha. El reino de los cielos es semejante á la fé de María, dice el mismo padre, porque la ruina de los ángeles fué reparada por aquella virtud. Procuramos pues hacer frecuentes actos de fé tocante á los principales misterios de nuestra religion, particularmente cuando asistimos al santo sacrificio y recibimos el precioso cuerpo de Jesucristo: creamos simplemente todas las verdades católicas y toda la doctrina del Evangelio: demos gracias á Dios con santa Teresa de que somos hijos de la iglesia y hemos recibido el bautismo: pidámosle por la intercesion de su santa madre nos la aumente y conserve hasta el último instante de nuestra vida: confesemos decididamente que Jesucristo es nuestro maestro y que no queremos otra gloria que sus ignominias: pensemos en las verdades de la fé y no ocultemos su luz en la oscuridad de las máximas del mundo. La gracia de la fé es la mas necesaria, y sin embargo casi no se hace reflexion en ella, ni los cristianos piensan en dar gracias á Dios por un don tan grande. ¡Ay! Esta ingratitud es tal vez la causa de haberla alejado de tantos reinos, antes mansion de los santos y hoy sumergidos en la ceguedad. Ha de tenerse gran zelo para procurar la instruccion de los pobres infieles de naciones remotas y de nuestros aldeanos y gente del campo, cooperando con limosnas ú oraciones á la prosperidad de las misiones.

Tambien es una dependencia de la fé vivir sumisos y unidos á la santa sede. Vemos que los herejes se separan de ella, la calumnian, rebajan su autoridad y no quieren acatarla ni obedecerla: es preciso pues obrar de un modo enteramente contrario, hacer aprecio de las ceremonias de la iglesia aun las mas leves, de las indulgencias, de las hermandades y de todas las devociones aprobadas y hablar siempre con respeto de todo esto, teniendo horror á aquellas personas que se precian de despreocupadas, presumen de mas entendidas que sus maestros, andan en quisquillas en materia de religion, adulteran la Escritura, la aplican á sus bufonadas y cho-

carrerías y componen cantares profanos por la música de los himnos sagrados. Es necesario además evitar cuidadosamente las novedades en punto á doctrina y las curiosidades peligrosas: adhirámonos á lo que nos propone la iglesia, sin dar oídos á argumentos y discursos en contrario: suframos con gozo que la cautividad de nuestro entendimiento honre el triunfo de la fé y no olvidemos este dicho de S. Agustín: que Dios no estaria muy elevado sobre los hombres, si no pudiese hacer nada que nuestro entendimiento no pudiera comprender. El único medio para entender las verdades que la fé nos enseña, es creerlas con entera sumision, porque Dios oculta sus arcanos á los sabios y prudentes y se los revela á los pequeños.

Y cuando las cosas repugnan á los sentidos y al juicio, es preciso desmentir á aquellos y desdecir á este convenciéndose á sí mismo. En fin pidamos á Dios con eficacia se sirva extirpar las herejías y convertir á los que estan sumidos en el error; y pues la Virgen parió á la verdad y tiene particular oposicion á cuanto la contradice, roguémosla tambien emplee su poder para un designio tan provechoso y continúe destruyendo todas las herejías como canta la iglesia (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

J.

Pero el gran punto de su virtud y su total entrega en las manos de Dios se manifestó principalmente en la muerte de su divino hijo. Viendo los discipulos las ignominias de la cruz desmayaron, y todas sus esperanzas vinieron á tierra. Mientras nuestro Señor mostraba su divinidad por medio de milagros, ellos esperaban que redimiria á Israel y le reconocian por el Mesías; pero habiéndole visto desfigurado y afeado como un leproso quedaron tan asombrados, que parecia habian perdido la fé y la esperanza: solo la Virgen perseveró incontrastable estando estrechamente unida al que lleva por uno de sus títulos honoríficos: Yo soy el Dios inmutable. Estaba firmemente persuadida de que el Señor que sacó la luz de las tinieblas, sabia sacar su gloria y la salud de los hom-

bres de en medio de aquella confusion espantosa y de las sombras de la muerte que la rodeaban al pie de la cruz. Tenia una esperanza de vida en su corazon y estaba segura de que el Salvador despues de consumir el sangriento sacrificio en el Calvario apareceria glorioso y lleno de majestad y resucitaria al tercer dia tomando nueva vida. Podia pues decir que si era negra por el extremo de su dolor al pie de la cruz, era hermosa por la firmeza de su esperanza. Por esta razon en sentir de algunos autores la Virgen que habia permanecido con tanta fortaleza y amor junto á su hijo mientras estaba enclavado en la cruz, no se halló con las santas mujeres que fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo del Señor: como estaba certisima de su resurreccion, no tuvo por conveniente ir á buscar en aquel lugar de muerte al que esperaba ver muy pronto con vida.

Conservó esta misma disposicion despues de la Ascension en las mas recias persecuciones de la iglesia esperando que la predicacion del Evangelio daria opimos frutos á pesar de la resistencia del mundo y del infierno. Así se lo persuadia al pequeño rebaño de Jerusalem alentándolos é infundiéndoles confianza con sus palabras y ejemplo cuando estaban casi caidos de resultas de aquellas violentas borrascas. Así probaba el precioso nombre que se le da de madre de la santa esperanza (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

K.

Para imitar á la Virgen en la práctica de esta virtud hay que desechar todo apoyo humano asi de dentro como de fuera sabiendo que está escrito: Maldito el hombre que confia en el hombre. Hay que desconfiar de su propia virtud, de sus luces, de sus buenos sentimientos y hasta de sus buenas obras y poner toda la esperanza de nuestra salvacion únicamente en la infinita misericordia de Dios, renovando á menudo el propósito de cooperar á su gracia y serle fiel hasta la muerte y pasando del pensamiento á la obra en las ocasiones. Pero despues de haber hecho cuanto depende de la

criatura se ha de sacar en consecuencia que es gran mal poner su confianza en la honra, en la hacienda, en los amigos, en la salud y en su propia industria y que es propio de una alma celestial no esperar mas que en Dios solo y aguardarlo todo de su providencia en el tiempo y en la eternidad. Los que le buscan de veras, tienen mucha confianza en su auxilio; por lo cual decia S. Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta.

Pero así como es preciso cuidar de no tener presuncion en sus fuerzas, tampoco se ha de caer en el desaliento por su flaqueza. Dios permite que se tropiece con dificultades en el camino de la perfeccion ó que el demonio persiga á sus siervos para probar la virtud de ellos y hacerlos conocer si esperan en él de buena fé. En este estado debemos levantar los ojos al cielo y decir con el profeta: Ten piedad de mí, Señor, porque mi alma confia en tí: me esconderé debajo de la sombra de tus alas, hasta que pase el tiempo de la violencia. Le enviaré mis suspiros sabiendo que todo lo hace por mí. Señor, yo pongo en tí mi esperanza y no seré confundido nunca jamás. Sé para mí una ciudad de refugio, porque tú eres mi protector. Los mismos actos se han de practicar en todas las tribulaciones, peligros y necesidades en que pueda encontrarse el alma, y tener por máxima cierta que el tiempo mas á propósito para esperar en Dios es cuando nos abandonan las criaturas: la esperanza es mas perfecta y pura cuando se pone en Dios solo y no en ningun objeto extraño. El tiempo de la oracion ha de destinarse, á lo menos en parte, para practicar la virtud de la esperanza, la cual ha de acompañar las peticiones que hacemos á Dios; y cuando queramos emprender alguna cosa de importancia para su gloria, hemos de hacerlo con entera confianza segun este consejo del Espíritu Santo: Tened buen ánimo y fortaleced vuestro corazon todos los que esperais en el Señor.

Diré de paso cuán admirable era en esta parte S. Cayetano, fundador de los teatinos. Es sabido que instituyó su congregacion en una pobreza estrechísima sin rentas en particular, ni en comun, no queriendo ni aun que pidiesen sus hijos limosna, sino que esperasen en la divina providencia;

Fué tan constante en sostener este instituto, á juicio de todos imposible, que no quiso consentir nunca en la menor relajacion. Estando en Nápoles y habiendo rehusado las pingües rentas que le ofrecia el conde de Oppido, este hizo que le rogaran algunos religiosos para que las aceptase; pero el santo les respondió: Padres, ¿cómo están ciertos VV. RR. de sus rentas? Repusieron ellos: Tenemos títulos en virtud de los cuales podemos compeler á nuestros deudores. Pues yo, replicó Cayetano, tengo unas escrituras mas auténticas que dicen así: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará de añadidura. Luego les declaró cómo lo habia experimentado en Venecia, donde en tiempo de una gran carestía no careció de nada de lo necesario sin pedir limosna. El conde que asistia á esta conferencia, dijo que Venecia era muy diferente de Nápoles; á lo que replicó el santo con mucha vehemencia que el Dios de Venecia era tambien el Dios de Nápoles. El conde que no estaba persuadido de eso, envió pingües limosnas á los padres teatinos: el santo tomaba lo necesario y devolvia lo demás: pero no pudiendo resistir ya á tantos obsequios se salió un dia con su comunidad, cerró la iglesia y la casa y envió las llaves al conde diciendo que se marchaba con sus hermanos para probar si el Dios de Venecia era tambien el Dios de Nápoles (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

El sagrado corazon de María santísima es un horno de amor, un piélago inmenso, un abismo insondable, el templo, el trono, el altar y el santuario del amor divino; no se alimenta mas que de sus llamas. Ese amor puro fué el principio, el medio y el fin de su vida y de tal modo la penetró y la transformó en él, que parece que no es mas que amor. Ella comenzó á amar en el instante de su creacion y no cesó jamás; el amor la hizo vivir y morir; todos los dias de su vida fueron dias del amor. No interrumpia este noble ejercicio durante el sueño, porque en las operaciones de su voluntad para con Dios no tenia necesidad de conocimientos

adquiridos por los sentidos siendo iluminada interiormente por una luz celestial que llenaba su alma de resplandor y la abrasaba en vivas llamas de caridad. Ella sola cumplió plenamente la ley del amor y la obligacion de amar á Dios con todo nuestro corazon, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas. Los santos no creyeron que pudiera cumplirse perfectamente ese gran precepto en esta vida: ese es el privilegio de la madre de Dios, cuyo amor excedia al de los bienaventurados aun antes de haberse desprendido del cuerpo.

Defienden algunos teólogos que su caridad era diferente en especie de la de todos los justos y de un órden mas elevado. S. Epifanio absorto en esta consideracion llama á la Virgen el misterio del cielo y de la tierra, el milagro asombroso de la gracia. S. Ignacio mártir dice que es un prodigio; S. Juan Damasceno un abismo de milagros. Aquí debe de enmudecer toda lengua, dice santo Tomás de Villanueva, porque la grandeza del amor de María sobrepuja cuanto se puede decir y aun todo lo que se puede pensar. En sentir de S. Anselmo no hay entendimiento tan perspicaz que pueda penetrar, ni elocuencia que pueda declarar la perfeccion del amor que consumió á aquel corazon virginal. Es llamada la única paloma, porque entre todas las esposas del Espiritu Santo ninguna amó tanto: ella no dividió jamás su cariño, sino que le puso en Dios única é invariablemente.

Este amor de la Virgen no era solo afectivo, sino efectivo, ni producía solo afectos muy puros y ardientes hácia Dios, sino actos de todas las virtudes que podían hacerla agradable á sus ojos. El amor era su primer móvil, que hacia obrar á todas las potencias de su alma y á todos los órganos de su cuerpo, y porque no ignoraba que es mas honesto padecer que hacer por el objeto amado, abrazaba con gozo todas las ocasiones de padecer por Dios y habria dado mil vidas por manifestar su amor. En fin siempre propendia á la union de su amado: su alma estaba siempre aplicada á Dios por la oracion, y despues que su hijo instituyó el sacramento adorable de la Eucaristía, se acercaba á recibirle todos los dias con una ansia extraordinaria alimentándose del amor sustancial que se nos da en ese divino sacramento.

Deleita sobremanera leer todo lo que dicen los santos del amor de la Virgen. S. Bernardo, uno de los mas elegantes cuando se trata de esta materia, habla así en el sermón 29 sobre el Cantar de los cantares: «Hay una saeta escogida que es el amor de Jesucristo, la que no solo hizo una herida en el alma de María, sino que la traspasó de parte á parte, para que nada estuviese vacío de amor en aquel corazon virginal, sino que amase con todo él, y con toda su alma, y con todas sus fuerzas, y estuviese toda llena de gracia, ó á lo menos la traspasó para que viniese hasta nosotros, recibiésemos todos una parte de la plenitud de gracia que habia en ella, y fuese la madre del amor, cuyo padre es Dios, pariendo y poniendo su tabernáculo en el sol, para que se cumpliera este dicho de la Escritura: Te dí á las naciones para servirles de luz, para que seas mi salud hasta los términos de la tierra.» Esto se efectuó por María, que dió á luz é hizo visible al que era invisible, y recibió en todas las partes de ella una profunda y gustosa herida de amor. «Por mí, continúa el santo, tendria á grandísima dicha si sintiera que me pinchaban alguna vez con la punta de esa espada, para que habiendo recibido á lo menos esta leve herida de amor pudiese decir tambien mi alma: Estoy herida de las flechas del amor.» S. Bernardino de Sena sale enteramente fuera de sí cuando considera los efectos del amor de esta celestial criatura y cuál fué su poder para con Dios. Ve aquí cómo explica su pensamiento, digno de nuestra atencion: «¡Oh humildad inefable del Criador! ¡Oh virtud inestimable de la Virgen madre! ¡Oh profundidad incomprendible de los misterios de Dios! Una doncella hebrea ha hecho un robo en el palacio del rey eterno: una tierna criatura con no sé qué maña, por no sé qué lisonjas ó violencias ha encantado por decirlo así, ha sorprendido, ha herido y robado el corazon de Dios, ha hurtado la sabiduría divina. Por eso el Señor se queja de esta virgen dichosa diciendo: Tú has herido mi corazon, mi hermana, mi esposa; tú has herido mi corazon.» En otro lugar dice el mismo santo que el corazon de María fué todo inflamado y aun transformado por la operacion del amor divino y que la Virgen no concibió solamente al Salvador en su corazon por la fé y la caridad, sino que

la vehemencia del amor sagrado formó el cuerpo de su hijo de su purísima sangre en sus entrañas. No se puede decir mas. ¡Oh amor mas ardiente que el fuego mismo y mas fuerte que la muerte, mas invencible que el infierno y mas precioso que todos los tesoros del mundo! ¡Oh amor, que dejas al alma vacía de sí misma y de las criaturas y la haces capaz de Dios! ¡Oh amor, que no deseas mas que la pura gloria del amado y no tienes mas interés que el de contentarle! ¡Oh amor, el único que ofreces un sacrificio perfecto á aquel de quien has recibido el ser y la vida! ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te consumes! ¡Oh amor, que sales con bien de todas las empresas, regocijas á los que te buscan, haces dichosos á los que te hallan, regulas las buenas obras, y eres la forma y el precio de todas las virtudes, la muerte de los vicios, el vencimiento de las tentaciones, la ruina de los afectos desordenados! ¿Cuándo pondrás nuestros corazones en el estado que Dios desea? ¿Cuándo romperás nuestras cadenas y vencerás al amor profano para ser el soberano de nuestras almas? Únanos de tal suerte al sumo bien, que podamos decir en verdad con el Apóstol: Vivo; mas no vivo yo, sino Jesucristo vive en mí.

Aprendamos de la madre del amor hermoso á amar como es debido: reconozcamos delante de Dios y confesemos para gloria de su infinita bondad que es muy suave y gustoso el precepto de amarle con todo nuestro corazón y que somos muy dichosos en vivir bajo de su ley. Digamos con S. Agustín: «Dios mio, ¿quién soy yo para obligarte á imponerme el precepto de amarte bajo tan grandes penas? ¡Ah! ¿No es una gran desgracia el no amarte? Examinemos nuestro corazón tocante á la práctica de este mandamiento y preguntémosle cómo ha amado al amor. Dios mio, yo no me atrevo á hacer este exámen, porque me espantan mi indiferencia y mi infidelidad. ¡Ah! No me atrevo á asegurar que te he amado una sola vez en toda mi vida con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Empecemos, alma mia, en este instante y no lo dilatemos mas: tarde te he amado, oh hermosura y bondad infinitas!»

Para reparar en algun modo las faltas pasadas será me-

nester hacer con frecuencia actos de puro amor de Dios, buscar el gozo en la consideración de sus perfecciones, unir nuestras débiles alabanzas á las de los ángeles y santos, pero particularmente á las de la reina de ellos, formar ardientes deseos por la dilatación de su reino, contristarse cuando es ofendido, no consentir jamás que lo sea en nuestra presencia, y cuando no podamos estorbarlo, satisfacer aquel agravio con algun acto interior de sumisión y amor, querer antes la muerte que consentir en el pecado, levantarse de él cuando se ha caído por flaqueza, desterrar de su corazón todo lo que no es Dios ó no lleva en derecho á él, trabajar por pagar el amor de nuestro señor Jesucristo conformándonos á su vida y ejemplos, conversando á menudo con él en la oración y acercándose á recibir la sagrada eucaristía con disposiciones de fuego. Entonces le hemos de pedir que sienta el trono de su amor en nuestras almas y erija en ellas un altar, donde no se apaguén jamás las llamas de ese amor sagrado (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

M.

La devoción de la Virgen santísima fué muy pura.

Suele confundirse la devoción con la oración, aunque tiene mas latitud, y bien considerada es una voluntad pronta y dispuesta á los actos de virtud; con todo es cierto que tiene mas correspondencia con la oración. De cualquier modo que la comprendamos, la Virgen la poseyó en toda su magnitud, pureza y recogimiento: la ocupación de su alma tenía mas del cielo y de los espíritus bienaventurados que de la tierra y de los peregrinantes de este mundo; por eso su oración no experimentó jamás éxtasis, así como su dolor no la hizo desmayar nunca, porque uno y otro suponen imperfección ó flaqueza en las potencias y el temperamento: el éxtasis suspende la función de los sentidos por la demasiada ocupación del espíritu, que no puede atender al mismo tiempo á la luz de la contemplación y á las funciones corporales. Aunque es tan brillante la claridad del cielo, nunca habrá